
¿SABER SOBRE LA NATURALEZA
O NATURALEZA DEL SABER?
LA CIENCIA Y FILOSOFÍA
COMO LECTURA DE LA REALIDAD

CARLOS A. ZAVARO PÉREZ

¿CIENCIA O CONCIENCIA?

Algunas corrientes filosóficas, como el idealismo y el materialismo dialéctico (Salazar, 2008), confrontan de manera antagónica uno de los problemas más trascendentales de la racionalidad: la distinción entre una conciencia omnipresente y preexistente capaz de concebir, diseñar y crear una realidad susceptible a ser descubierta frente a una conciencia que, como resultado de la evolución y el azar, ha logrado en las formas más complejas de vida tal nivel de especialización que no sólo ha sido capaz de aproximarse al conocimiento de esa realidad [naturaleza] que le antecede, sino que ha encontrado en ella regularidades que le permiten conocerla, explicarla y transformarla.

A diferencia de las sagradas escrituras, en las que la verdad revelada presenta a un creador a través de la imagen del hombre “concebido a su semejanza”, los primeros homínidos fueron construyendo durante miles de años representaciones de cuanto les rodeaba. Intuitivamente clasificaron a los seres vivos y trataron de encontrar respuestas ante los hechos inexplicables, y en ese proceso terminaron construyendo imágenes de sus deidades a semejanza de su propia imagen o a imagen de las especies conocidas a quienes subrogaron la responsabilidad de todo lo incomprendible. Este conocimiento, transmitido de generación en generación fue transmutado en significantes colectivos, mitos y rituales que contribuyeron a consolidar normas, modos de entender la vida y una cultura, que los llevó a diferenciarse entre sí y, a su vez, reconocerse en las diferencias respecto de las otras especies.

Esta diversidad de seres vivos únicos en su morfología y –en algunos casos– en su distribución, pero con atributos compartidos, permitieron imaginar una conexión histórica en su origen, lo que ha suscitado diversas explicaciones desde la filosofía y la ciencia, en un intento por superar las li-

mitaciones creacionistas del conocimiento mágico-religioso. Las primeras aproximaciones a explicaciones que escinden el origen de todo lo conocido de los argumentos teológicos fueron inauguradas formalmente por Aristóteles a partir de su visión teleológica del mundo (Barahona y Torres, 2004), que fundada en una serie de causas (material, formal, funcional) concatenadas, termina por encontrar en la finalidad o causa final, el fundamento de esa diversidad de especies y de su sintonía con el entorno, consolidando así el aporte de la filosofía a la comprensión del mundo.

¿CUESTIÓN DE MÉTODO?

La incertidumbre sobre la posibilidad de conocer la realidad, y la ruptura con imposiciones creacionistas e inquisitorias, contribuyó a la búsqueda de una metodología basada en la fragmentación de esa realidad como método para superar la duda y llegar al conocimiento de la verdad (Descartes, 2004), que demarca los albores de las ciencias naturales. En este periodo, las explicaciones sobre la naturaleza de los seres vivos, sorteando fundamentaciones fijistas y metafísicas, abrevan en la linealidad mecanicista que dominó el estudio de los seres vivos con base en su morfología externa y que constituyó el sustento de muchas clasificaciones y del reconocimiento de los límites en que se expresa la antinomia identidad-diversidad como eje de la interpretación de las adaptaciones al ambiente. Esta argumentación, que amalgama la idea de causalidad aportada por la hegemonía de la física, con la mirada finalista de las causas aristotélicas, fomentó el desarrollo de una ciencia positivista que se arrogó la centralidad en la interpretación del mundo.

Algunos cuestionamientos sobre esta perspectiva y el monismo instalado en la concepción del método científico han habilitado a la filosofía, a la historia o a la sociología a interpelar el modo en que los científicos elaboran las preguntas centrales que rigen su investigación y el modo en que esas preguntas son sometidas a contrastación en un contexto de justificación. Este propósito, que ha constituido uno de los objetos centrales de la epistemología, configuró los límites de la llamada “caja negra”. Pensar entonces la ciencia bajo este prisma es un ejercicio imperioso en el intento de clarificar la idea de que comprender la realidad no es sino legitimar modos de objetivar racionalmente ciertas lógicas metodológicas que permiten la aproximación al conocimiento de esa realidad. Un conocimiento, que es resultante de una intersubjetividad presentada como objetiva por su capacidad de acumular, discernir y analizar datos, y por imponer bajo la forma de paradigmas una lectura del mundo que siquiera cuestiona –en periodos de ciencia normal Kuhn (1994)– los supuestos con base en los que esa realidad es interpretada.

Interpelar entonces a la ciencia como metáfora de una caja negra, cuyos límites pueden ser escudriñados desde adentro y afuera, es un escenario que no sólo considera el impacto de los hechos empíricos en los enunciados y las generalizaciones producidas bajo la forma de teorías, sino también el rol poco relevante que, según Woolgar (1991), debe asignársele a la realidad en su contribución a la construcción de saberes universales; no sólo por el lugar que ocupa la ciencia en la modernidad, sino porque más allá de sus límites existen otras racionalidades que se develan a través de las diversas interpretaciones del mundo. El arte, el conocimiento empírico o experiencial y las tradiciones culturales, e incluso el sentido común, construido por los medios de comunicación desde donde es pensada una sociedad que muchas veces opera en función de los discursos instalados, ha contribuido a relativizar saberes que parecían inobjetables y que coexisten con los modos en que la ciencia disputa espacios de legitimación, tanto hacia el interior de la comunidad académica, como de cara a la sociedad donde éstos adquieren relevancia en el llamado “contexto de aplicación” y que no sólo debería incluir la transferencia tecnológica, sino también la divulgación científica y la transposición didáctica.

¿TEXTOS O CONTEXTOS?

Entender las contradicciones, pujas e intereses que atraviesan los modos en que se legitima el conocimiento ha sido un tema abordado por la sociología del conocimiento a partir de la introducción del concepto de “campo” (Bourdieu, 1976) como un espacio disciplinar que es configurado y delimitado por el lenguaje, y cuya estructura y dinámica es atravesada por tensiones y disputas de poder, que promueven una fragmentación de saberes a la que Crisci (2008) denomina como “la barbarie del especialismo”. Esta fragmentalidad del saber acontece en un contexto en que la biodiversidad está amenazada de extinción y el abordaje de los problemas que condicionan su deterioro parecieran disociados de las preguntas primigenias que han marcado nuestra racionalidad e, incluso, los modos de vincularnos con esa realidad/naturaleza de la que formamos parte.

Esta disociación entre la racionalidad crítica y la crítica racional, con relación a la producción de conocimientos, ha contribuido a fomentar una suerte de banalización del saber que es el resultado de un modelo de ciencia que obliga a los investigadores a producir *papers* de manera eficiente como estrategia adaptativa a un ecosistema meritocrático. Ahí son evaluados, ¿calificados?, con base en estándares establecidos por consultoras externas, cuyas estadísticas (factor de impacto e índice H) como criterio [dudoso] de calidad, terminan por devaluar y relativizar el contenido de aquello que es investigado, en lo que contradictoriamente constituye un

atentado a la excelencia: uno de los valores constitutivos del campo científico.

Esta coyuntura también impacta el modo en que se objetiva una didáctica de las ciencias, que lejos de fomentar la formación de nuevas generaciones de investigadores con una formación sólida en temas como la historia de la disciplina, la crítica reflexiva sobre los aportes conceptuales y el análisis de la diversidad de métodos y marcos desde donde se construye ese conocimiento, ha terminado por imponer una pedagogía transferencista y acrítica que presenta al conocimiento científico como un saber indiscutible e irrefutable, en contraposición a aquellos fundamentos que condujeron al origen mismo de la ciencia.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El conocimiento basado en la experiencia empírica del hombre en su relación con el mundo y con el resto de los seres vivos ha conducido a la formulación de numerosas interrogantes sobre su propia existencia, que se remonta al origen de la humanidad y al reconocimiento de sí mismo como ser cultural. En esa necesidad de explicar cuanto le rodea no sólo han surgido mitos y rituales que han logrado perpetuarse en tradiciones, sino ha surgido la necesidad de encontrar argumentos superadores que constituyeron el origen de las contribuciones filosóficas y de un saber científico y legitimado que ha ido fragmentándose y especializando al extremo de disociar las respuestas del contexto en que éstas se formulan. En estos términos, el aporte de las ciencias sociales en el análisis crítico sobre los modos de producción de conocimiento y las tensiones que en ese proceso emergen, constituye un camino para superar posiciones transferencistas de una ciencia heredada cuya génesis se remonta a aquellas interrogantes trascendentales que nos impulsaron a encontrar explicaciones sobre el origen del mundo, sobre el origen e identidad de la diversidad de especies, e incluso sobre nuestra propia identidad.

BIBLIOGRAFIA

- Barahona, A. y E. Torrens (2004), "El telos aristotélico y su influencia en la biología moderna". *Ludus Vitalis*, vol. XII (21): 161-178.
- Bourdieu, P. (1976), "Le champ scientifique". *Actes de la recherche en sciences sociales*, 2(2), 88-104.
- Crisci, J.V. (2008), "La barbarie del "especialismo" en un tiempo de extinciones". *Anales de la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria* 62: 97-107.
- Descartes, R. (2004), *Discurso del método*. Ediciones Colihue SRL.
- Kuhn, T. (1962), *The structure of scientific revolutions*. University of Chicago Press.
- Salazar, H. (2008), "Marx, dos aspectos fundamentales en su desarrollo: dialéctica y tránsito del idealismo al materialismo". *Investigaciones Sociales* Año XII (21): 221-236.
- Woolgar, S. (1991), *Ciencia: abriendo la caja negra* (No. 8). Ed. Anthropos.